

ESTE PERIODICO

SE PUBLICA

LOS DOMINGOS.

PRECIOS DE SUSCRICION:

EN LA HABANA,

4 pesetas sencillas

AL MES,

y en el interior

UN PESO,

FRANCO DE PORTE.

El número suelto

VÉNDESE EN LA IMPRENTA

A DOS RS. FUERTES.



LA REDACCION

ESTÁ SITUADA

CALLE del OBISPO

número 22,

LIBRERÍA É IMPRENTA

"EL IRIS,"

A DONDE

PODRÁN DIRIGIRSE

los avisos

Y RECLAMACIONES.

La Administracion

ESTÁ EN EL MISMO

ESTABLECIMIENTO

DON JUNÍPERO.

Periódico satírico-jocoso con abundancia de caricaturas,

DIRIGIDO POR

D. VICTOR PATRICIO DE LANDALUZE.

RECUERDOS DE VIAJE.



PENAS se ha puesto el pié en los Estados Unidos, hay quien intenta recorrer de la cima á la base el edificio social á cuyo abrigo vive, se mueve y aumenta cada dia un pueblo que solo cuenta medio siglo de existencia entre las naciones libres; y se pregunta á cada cosa el origen de un impulso cuya rapidez deslumbra.

Mas hay que desconfiar de la viveza de las impresiones que se reciben en los Estados Unidos, pues son harto engañosas á causa de su misma viveza.

Ese es el lazo en que han caido de buena fé muchos escritores.

El viajero que quiere sacar verdadero provecho de su permanencia en aquel pais, debe, antes de observar y anotar los detalles que se presentan á su vista, dejarse iniciar en el estudio de las costumbres y de las instituciones.

Esta primera educacion, este *a b c* del viajero, es indispensable, por la razon de que las costumbres, los hábitos, hasta la raza de los hombres, cambian

de la manera mas absoluta, de un estado á otro, y casi de una á otra ciudad.

Por lo tanto, se puede residir diez años en New-York, sin tener la menor idea de las costumbres políticas y sociales del Sur ó del Este y recíprocamente.

El que en los Estados-Unidos deduce de lo particular lo general, se espone á sentar opiniones temerarias.

Nada hay, pues, mas sencillo y mas complicado á la vez que todo lo que sorprende en los Estados-Unidos. Si ocurre el equivocarnos desde el principio, sacaremos las mas falsas consecuencias de cuanto despues veamos, oigamos ó entendamos. Se necesita de un guía seguro, además del buen sentido, so pena de no atinar con lo que precisamente se busca.

Supongamos que tropezamos con uno de esos fumadores implacables que lo posponen todo al cigarro. Si le interrogamos al salir de Filadelfia ó de Boston, nos dirá que aquel es el país de la arbitrariedad.

Adviértase que esto no es una suposicion, sino un caso verídico.

Cierto dia tropecé con uno de esos hombres: parecióme profundamente de-

silusionado, y que echaba de menos hasta el gendarme que le prendió en Francia un dia de motin contra el gobierno.

—¿Qué desdicha le ha ocurrido á V., caballero? le pregunté.

—Figúrese V. que llego de Filadelfia el domingo: asáltame el deseo de pasear por la ciudad; enciendo un cigarro antes de salir de la fonda, y todos los presentes fijan en mí sus miradas, como diciendo: ¡Vaya un hombre audaz!

Salgo; mas apenas he dado algunos pasos por la calle, se me acerca un individuo y me dice políticamente:

—Caballero, los domingos no se fuma en las calles de Filadelfia.

Al principio creí haber oido mal: saludé á aquel prójimo, y quise seguir mi camino; pero entonces me asió por un brazo y me reiteró la orden de apagar el cigarro, porque no se fuma en la calle los domingos.

Volví furioso á la fonda; me encerré en mi cuarto, y á la mañana siguiente me trasladé á Boston.

Como en Filadelfia, quise recorrer la ciudad con el cigarro en la boca. Apenas hube puesto el pié en la acera, se me acercó un agente de policía, no menos político que el de Filadelfia, y me habló en estos términos.

—Caballero, sírvase usted apagar el cigarro: en las calles de Boston no se fuma.

—Perdone V., le dije: yo sé lo que hago: no es domingo.

—Tiene V. razón: hoy es martes.

—¿Y bien?

—¿Y bien? ¿Que tiene que ver el día de la semana con lo que yo he dicho á V?

—En Filadelfia me ha dicho, por dos veces, un caballero tan político como V. que no se fuma en las calles los domingos.

—Es posible que suceda eso en Filadelfia; mas no es de mi incumbencia. En Boston, caballero, no se fuma en las calles ningún día de la semana. Como es V. extranjero, me limitaré á advertírsele, pero si insiste V. tendré que tratarle como á un hijo del país.

—¿Qué hará V. en ese caso?

—Haré que le condenen á pagar una multa de cinco duros.

El cigarro, exclamó el fumador, me habría resultado harto caro, y hube de ceder: pero confiese V. que es el colmo de la tiranía!

Y esto bastó para que me hablase pestes contra el país y sus instituciones políticas y sociales, calificándolos de bárbaras.

Estas pequeñeces y otras análogas se reproducen constantemente en los Estados-Unidos, tanto en la vida pública como en la privada. Pero ¿cuál es el país que no tiene sus exigencias locales á las que hay que someterse forzosamente?

Por este principio, debería declararse inhabitable el suelo de la Union, á causa de la rigidez con que se observa allí el domingo.

Hallándome en Baltimore, quise aprovechar un día de descanso para ordenar algunas anotaciones en mi cartera, y llamé al criado de la fonda. Cuando le hube pedido todo lo necesario para escribir, el negro hizo un movimiento de cabeza negativo; y viendo que yo insistía, me declaró terminantemente que siendo domingo no le era permitido facilitarme utensilios de trabajo.

En los Estados-Unidos solo se ejercen libremente los domingos tres oficios; el de barbero, el de *barroom-keeper* (tabernero) y el de cocinero. Y aun en ciertas ciudades esencialmente religiosas, como sucede en Filadelfia, se come el sobrante del sábado, escepto las patatas que es permitido hervirlas aunque sea domingo, pero á condición de hacerlo lo mas temprano posible.

La observancia de descansar el séptimo día se cumple tan rigurosamente, que los americanos dejan para el lunes sus viajes mas urgentes. Este día no hay fiesta pública de ninguna clase. Si fuera posible retardar los nacimientos y las defunciones que ocurren los domingos, lo harán indudablemente.

EL C.

UNA RUMBA A LA CHORRERA.



na vez metidos en danza, dancemos; decia no sé quien

Una vez metidos en *rumba*, añadió yo, que siga la *rumba*. Y puesto que tengo el alto honor de formar parte de la comitiva del insigne D. Junipero, bueno será procurar entretenerle, contándole divertidos cuentos y anécdotas interesantes, para de este modo ver de ganarme su confianza; no sea que el diablo haciendo de las suyas, le inspire un día la idea de mandar á Esparaván que con la mano de su almirante me aseste un trastazo que me aplaste la tapa de la tapa de los sesos. Sería la peor desgracia que pudiera acontecerme. Antes que tal suceda, prefiero verme quebrado por un millon de pesos. Que esta maldición me caiga encima, sino digo lo que siento!

Haréle, pues, del mejor modo posible, la relación de una *rumba* que corrí días pasados en union de varios amigos, y amigas por supuesto, porque una *rumba* sin ellas sería lo mismo que una comida sin sal ó un porta-monedas sin ídem.

Es el caso que salimos un domingo muy de madrugada de la plazuela de Isabel II. punto de reunión de antemano convenido, y satisfechos de que todos estábamos allí, los llamados y los escogidos, emprendimos la marcha al grito de ¡viva la *rumbantela*! lanzado por el que hacia las veces de guía y director con una fuerza de pulmones, que retumbó en la alameda como la explosión del polvorin.

Trece éramos, contando con el negro Ciriaco que llevaba las provisiones de boca; número que las señoras tuvieron por buen agüero, porque no sé que misterio encierra para ellas el número trece.

Abria la marcha Tiburcio, el guía-director. Tras éste seguían Andres, Justo y Perico, rascando los dos primeros una guitarra y una bandurria; y acompañando el último con la flauta tocaban con cierto aquel que hacia levantar los piés del suelo las sabrosísimas danzas *Má Anica la vieja*, *Los papeles* y otras tan modernas como esas: despues de ellos seguían Anita y Julia, arrastrando los piés y taconeando con sus monisimos botines al compás de la música: iban luego Jacinto, dando el brazo á Cora y á Chuchita; y por último, vuestro humilde servidor, llevando como colgadas de los brazos á D^a Pancracia y á D^a Timotea, madres de los cuatro pimpllos mencionados, cerraba la comitiva.

Pueden mis lectores considerar si estaría yo mas *finchado* que un portugués con mi par de *adláteres*, cuando lo mas simpático que para mí tenían eran los nombres. Abruñabanme con preguntas á las cuales me era imposible contestar, por la sencilla razón que no daban lugar á ello, pues las hacían con tal rapidez que parecía un fuego graneado. Ese D. Junipero, preguntaba una, es carne ó pescado? Será en realidad tan feo como lo pintan con aquellos bigotazos? ¿Será cierto, decia la otra, que usando en lugar de cascarilla los polvos que machaca Esparaván se quita uno los años de encima y se remoja? Y á estas preguntas sucedíanse otras y otras, que me tenían á punto de reventar por no poder satisfacer á ninguna por la razón que dejo apuntada. Así llegamos á Carlos III, punto donde la hermosa calzada de la Reina toma el nombre de paseo de Tacon. Allí hicimos alto. Abriéronse en aquel momento las puertas

del café del Retiro y tomó cada cual su taza de café con leche, que vino como suele decirse, como pedrada en ojo de boticario: pidió el director un frasco de ginebra para refrescar por el camino, según él decia, y yo uno de marrasquino para las señoras, y emprendimos nuevamente la marcha, unos á pié y otros andando y cada uno por su cuenta, por aquello de «el buey suelto bien se lame» Y en verdad que ninguno trató de desmentir aquel adagio, pues unos cantaban, saltaban otros y las muchachas bailaban y corrían para cojer alguna florecilla que, soñolienta aun, se columpiaba entre los árboles del paseo, y hasta las viejas participaban de la comun alegría, echando tambien su cuarto á espadas con alguna alusioncilla maliciosa y una que otra pirueta; que á las viejas no hay como embullarlas para que dejen de parecerlo.

Niñas, niñas, gritaba D^a Pancracia al ver á sus hijas Cora y Chuchita meterse por entre las yerbas: mirad como os estais poniendo con el rocío y el polvo, con unas zarpas que os llegan á las rodillas.

—Jesus, mamá! quién hace caso de eso. A qué se va á una *rumba* sino á divertirse? Vamos á andar ahora reparando

—Pues ensúciense bien, que hay mucho dinero para lavanderas.

—Vamos, D^a Pancracia, la interrumpí; ¿quiere V. tomar un *chinguirito*?

—¿Qué es?

—Marrasquino.

—No vendrá mal para mejor poder subir la loma; pero, no trajo V. un vaso?

—¿Qué vaso, señora, á boca de botella; á lo campechano.

—Yo no sé beber así.

—Chupe V. que él sale. Y tan al pié de la letra tomó el consejo que dejó el frasco espirando. Y eso que no sabia beber así.

Habíamos con esto llegado á lo alto de loma del Castillo de Príncipe.

—Ay! ay! Mamá, Chuchita, por Dios, que me ahogo! exclamaba Cora dando agudos chillidos.

—Ay! Jesus, Dios mío, señores! ¿qué sucede? gritaba D^a Pancracia inmóvil como una estatua.

Afortunadamente ningún daño físico habia recibido la jóven sirviendo el percanee para escitar la hilaridad y el buen humor de todos, escepto D^a Pacracia que tomó el asunto por lo sério quedando desde aquel momento algo mal humorada.

—Uf! señores, yo no puedo seguir mas adelante; decia de cuando en cuando; esto es echar los bofes, no divertirse: yo no puedo andar; los piés me duelen ya.

—Póngase V. los zapatos en chancleta.

—Si son botas.

—Quiere V. que la llevemos á caballito un rato cada uno?

—Háganme el favor, señores, de no chancearse, por el amor de Dios! Déjenme, cristianos. Está muy léjos todavía la Chorrera? Ojalá no hubiera venido!

—Ya estamos cerca, decia el director; allí detrás de aquellos árboles está. Vamos, ánimo, que *ahorita* llegamos.

Y no mentía el director; detrás de los árboles indicados quedaba efectivamente la Chorrera, como queda Matanzas detrás del Morro.

Llegamos á los árboles.

—Y la Chorrera? volvía á preguntar D^a Pancracia; ¿todavía no se vé? Dónde diablos queda?

—Ahí al doblar de esa lomita.

—Ave María purísima! esto es para ganapanes no para señoras. Cora! Chuchita! Muchachas, no os adelanteis tanto! Esos diablillos no se cansan; tienen la pata mas

dura que las mulas. Uf! yo me muero de esta hecha!

Llegamos á la lomita; que si te quiero! Ni por pienso se descubria aun la deseada Chorrera. Allí fué donde llegó á su colmo la impaciencia de D^a Paneracia.

—De aquí no paso, volvió á esclamar, sentándose en el suelo. Quien diablo me tentaría á venir! Esto ya pasa de castaño oscuro. Y decían que no había sino media legua.... Vaya con la media legua!

Y como nadie la hacia caso, habíanse los demás adelantado un buen trecho, perdiéndose de vista entre las malezas que casi cubrían el sendero, oyéndose tan solo la estentórea voz del director que con toda la fuerza de sus pulmones gritaba de vez en cuando: "Por aquí, aquí estamos nosotros."

—Vayan al infierno, impolíticos, exclamó por último ella: vaya un caso que hacen de la gente, dejándolo á uno tirado en medio del camino. Llámelos V., cristiano, llámelos. Pues es una gracia muy linda esa de marcharse solos sin hacer caso de los rezagados!.....

—Ya les alcanzaremos, señora, por mas que caminen, la dije yo, ayudándola á levantarse.

—No, yo no quiero ir sola con V. caballero, por entre esas *maniguas*; quiero ir en *compaña* de todos, como es muy natural, habiendo salido juntos.

Si se alarmaria la castidad de la buena señora, viéndose sola conmigo entre aquellos matorrales?.....

Llegamos por fin á la tan deseada Chorrera, y como nada ocurriera digno de particular mencion durante nuestra permanencia en ella, solo diré que pasamos alegremente el resto del día, en medio de los uveros, almorzando, comiendo, bailando, corriendo, cantando, durmiendo, y hablando, y haciendo otra infinidad de gerundios que en obsequio á la brevedad omito, hasta que llegó el momento de disponernos para el retorno.

—Por los carritos, por los carritos: gritaba con toda su fuerza D^a Paneracia.

—Sí, sí, por los carritos: añadía D^a Timotea, que á pié nos coje la noche en el camino, y.....

—Pues por los carritos, dijo el director.

—Que carritos ni que asno muerto, dijo un tercero. Una carreta enramada que es propio de *rumbantelas*.

—Feliz pensamiento!

—Bien pensado; exclamaron todos en coro. Venga la carreta.

No hay que decir que la carreta se consiguió, mediante la friolera de media *catata*, y que á la hora designada apareció con la mayor exactitud en el lugar que se le habia señalado, muy adornada con pencas de coco y ramas de *uvero*, y los bueyes con los cuernos cubiertos de cintas y flores; galanteria del carretero que quiso de aquel modo disimular un tanto el horror que suele inspirar á algunas personas la vista de esas protuberancias.

Nos embarcamos y partimos, dando entusiastas vivas á la Chorrera y á la *rumba*, improvisando algunas décimas de pié quebrado en honor de la fiesta, entre las que habia algunas que pudieran causar envidia al mismo Cucalambé. Cada vez que terminaba el estribillo que cantábamos, todos en coro al final de cada décima, ó cuarteta, como generalmente se dice no se por qué, prorumpíamos en un ¡viva la *rumba*! y repetía el carretero como por vía de apéndice:—Arre, Diamante! Ven acá, Negrito!

—Ay, Jesus! Que vaivenes! exclamaba Julia.

—Que me mareo! añadía Anita.

—Busque el buen camino. D. Carretero, replicaba Chuchita, que me rompe los huesos con esos saltos.

—Ay! échese para allá, camarada, que me espachurra, gritaba D^a Timotea medio sofocada.

—Qué he de hacer si me empujan; contestaba el interpelado.

—No hay cudio, señora, que mi carreta no se vira. Ni en un quitrín irían Vdes. mas seguros; lo que sí que el camino está un poco malo, pero no hay mieo. Canten Vdes. que el pandero está en güenas manos. Arrea, Diamante! Ven acá, negriito!

Y á todo esto la música y el canto seguía á mas y mejor, de manera que aquello era una Babel donde nadie se entendía.

De pronto dió un salto la carreta; pero, que salto! Antes que pudiéramos darnos razon de ello, nos vimos todos en medio de un lodazal; Aquello era para rebentar de risa. La carreta habia metido una de las ruedas en un profundo *cangilon*, alzándose la otra tan alta y quedando la cama en una posicion tal, que nadie pudo sostenerse en ella: razon por la que, corriéndose toda la carga á un lado se rompieron las estacas y dimos con nuestras humanidades sobre la blanda alfombra de lodo que cubría el camino.

Salimos del atolladero como Dios nos dió á entender, sin otro daño que el haber algunos, á imitacion del tío Conejo, metido la cara en barro, y los mas con él hasta la cintura. Allí eran de ver los apuros del carretero. "Negrito! Diamante!" gritaba, pateando y aguijoneando á uno y otro buey, y acompañaba la accion con aquellas enérgicas indirectas que son peculiares á todos los de su oficio. Afortunadamente nos hallábamos próximos al barrio de S. Lázaro y pudo conseguirse otra junta de bueyes, con lo que se logró sacar á piso firme la carreta y pudimos continuar nuestro camino, llegando al placer de la Punta sin otra novedad que merezca referirse. Allí hicimos alto, y nos despedimos mutuamente prorumpiendo en un grito de ¡Viva la *rumba*! acompañando de la frase sacramental:

¡Qué bien nos hemos divertido!

GARCIA VERDOLAGA.

OTRA LE QUEDA POR DENTRO.

LETRILLA SATÍRICA,

DEDICADA AL SR. D. JUAN ANTONIO DE LA TORRIENTE.

En estos tiempos..... serenos
Todos los hombres son buenos
Al decir de cada cual;
Mas yo que no creo tal,
Digo: al que mas y al que menos,
Sin entrar en mas comento,
Otra le queda por dentro.

Diz que se abrasan las damas
De la virtud en las llamas,
Y el hombre, que no es escoria,
En el amor de la gloria.
Mas yo tomo esto á soflamas
Y digo: vamos con tiento.
Otra les queda por dentro.

Al hombre que, sabedor
Que la prenda de su amor
De otro ha sido prenda ya,
Y aun ensalzándola vá
Con admirable fervor
Como si fuera un portento,
Otra le queda por dentro.

A la mujer que es hermosa,
Pizpereta, vanidosa
Y amiga de perendengues,
Que se descuelga entre dengues
Probar queriendo afanosa
Los placeres de un convento,
Otra le queda por dentro.

Al necio á quien haya puesto
Un pintor de manifesto
Con gracia y desenvoltura,
Que en vez de hallarse molesto,
Del autor de la pintura
Haga elogios al talento,
Otra le queda por dentro.

Al que una tunda le han dado
Por torpe y por deslenguado,
Y en vez de tomarlo á ofensa
Con ciega humildad inciensa
Al mismo que le ha pegado,
Como si fuese un jumento,
Otra le queda por dentro.

La mujer que, enamorada,
Junto á su amante, callada
Permanece noche y día,
No es que tenga el alma fría;
Antes bien á la cuitada,
En su amoroso ardimiento
Otra le queda por dentro.

Veis de Juana el vejestorio
Que desprecia á D. Liborio,
Y dos mil pestes enebra
Contra aquel que la requiebra,
Pues á ese alcabalatorio,
Aunque parezca que miento,
Otra le queda por dentro.

Veis á ese viejo usurero
Que maldice hasta el dinero
Por renegar de la usura,
Pues ese es un trapacero
Cuyo mal no tiene cura.
Cuanto dice es puro cuento.
Otra le queda por dentro.

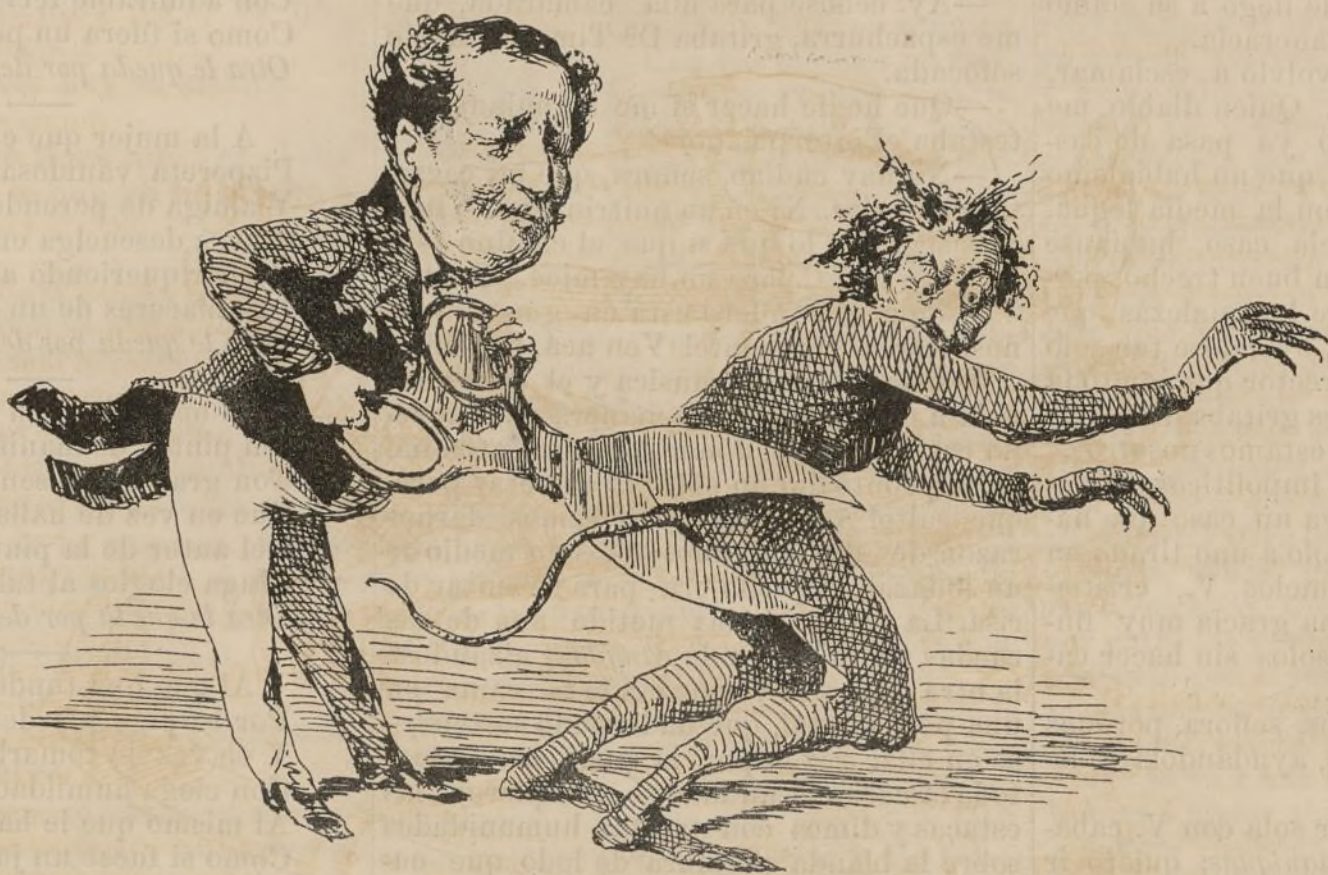
Cuando veo á un zascandil
A quien lleva un alguacil
A donde no vea el sol,
Que, cantando un *si bemol*
Va haciendo pucheros mil,
Digo: ¡váyanse con tiento!
Otra le queda por dentro.

Que al que logró una fortuna
Le hayan dejado á la luna
De Valencia ó de la Habana,
Y que al fin de la jarana,
Al verse sin..... pena alguna,
Se ria..... y no de contento,
Otra le queda por dentro.

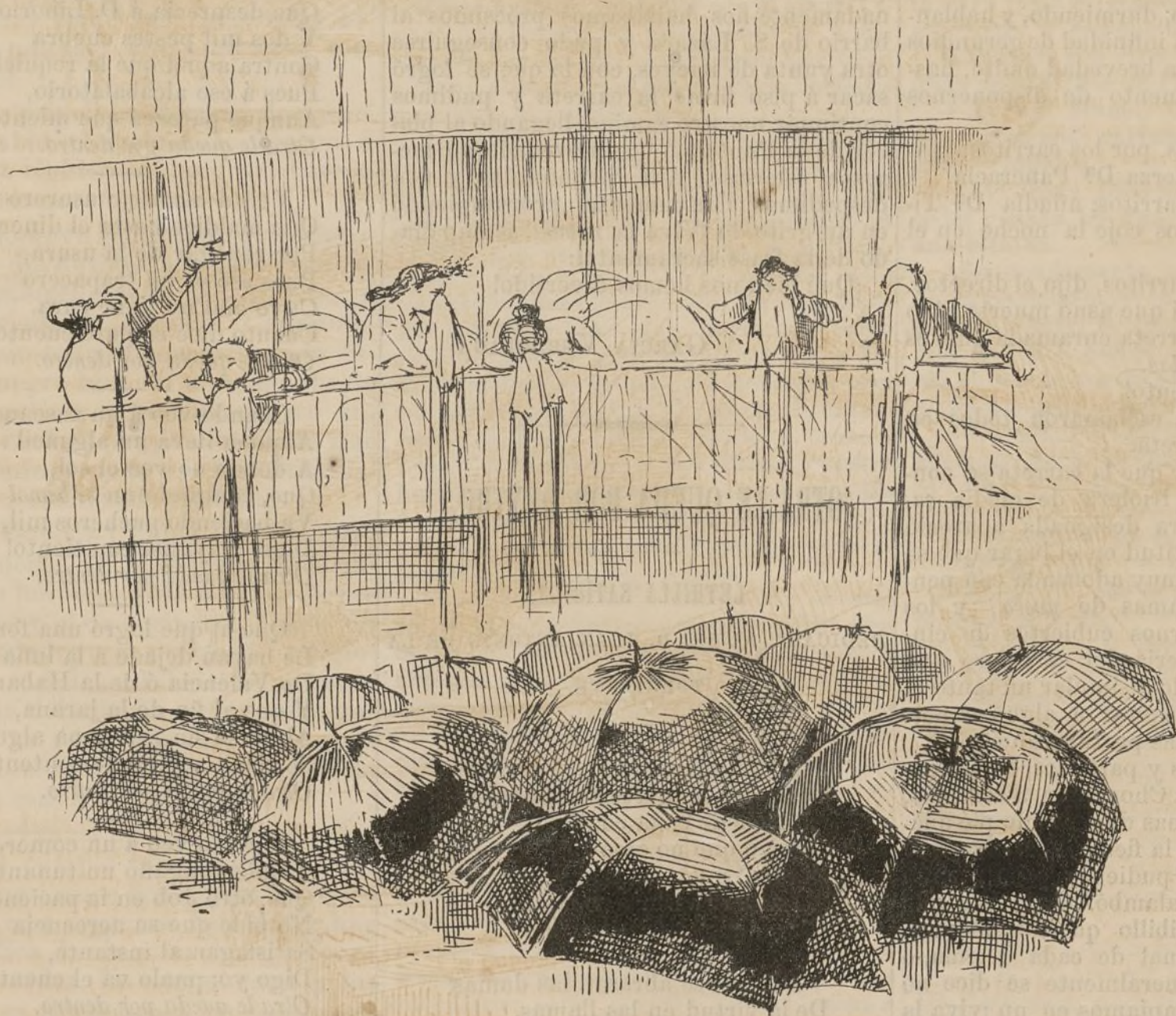
Cuando veo á un comerciante
A quien engañó un tunante,
Que, otro Job en la paciencia,
No pide que su acreencia
Satisfagan al instante,
Digo yo: ¡malo vá el cuento!
Otra le queda por dentro.

Mujer que casa demente
Por cariño solamente,
Y esclama: "el lujo es bambolla;
Contigo pan y cebolla,"

NOTICIAS TEATRALES.



Se dice que Maretzeck está arreglando el *Roberto el Diablo* para ponerlo en escena á la mayor brevedad.



Lit. del Comercio, Obispo 87.

Landaluce

Tambien se preparan algunas novedades que harán derramar abundantes lágrimas al público y especialmente á los abonados sensibles (á los del anzuelo)

Ayuntamiento de Madrid



Gran final de La Sonámbula, por la Sra. Charton y los Sres. Minetti, Biachi, &c.

Suele pecar de inocente.
Amor vá en decrecimiento.
Otra le queda por dentro.

Aunque Ciriaco y Belen
Digan que se quieren bien,
No hay que creer en su afán,
Ni á todo decir: amen.
Quizá por donde ellos van
Muchos fueron y..... ¡oh portento!
Otra les queda por dentro.

De una misera plumada
Pierde un sábio su embajada,
Y aunque el mal le llega al fondo
Y besa la mano, orondo,
Que quisiera ver quemada
En justo merecimiento,
Otra le queda por dentro.

Dos naciones con afán
Rompiéndose el alma están.
¡Fieros son los coscorrones!
¡Qué hacen las demas naciones
Que á socorrerlas no van?
¡Acaso en su aturdimiento.....
Otra les queda por dentro?

Dice un partido: "Allá voy,
Que me hallo mal donde estoy."
Y responde el otro: "Vamos,
Que aquí nada adelantamos."
Y no se mueve un convoy!
El *quid* no está en un encuentro.
Otra les queda por dentro.

Cuando veo un camastron
Que á otro brinda protección
Sin emolumento alguno,
Digo al instante: ¡que tuno!
Guarde allá su compasion.
¡No es malo su ofrecimiento!
Otra le queda por dentro.

Cuando un hombre se enamora,
Y de la bella que adora
Un desengaño recibe,
Y alegre, no obstante, vive
Sin el pesar que devora
Al que tiene sentimiento.....
¿Le quedará otra por dentro?

Pues tú alumbraste el refran
A tu amigo *Esparavan*
Con que hacer esta letrilla,
La razon es muy sencilla:
Tuya la letrilla es, JUAN.
Lo digo como lo siento.
No me queda otra por dentro.

ESPARAVAN.

LUISITA.

(Continúa.)

XIX.

Cuando Luisita se acostó aquella noche,
murmuraba en voz baja:

—Parece increíble que haya hombres
tan malvados. ¡Hipócrita!.... Cualquiera,
al verle tan cariñoso y tan decidor, cree-
ría que es un hombre de bien..... ¡Oh!
¡Quiero vengar á Angel!.....
¡Quiero secundar esos planes; hacerle
concebir ilusiones! Iré al teatro, al baile
y al paseo; hablaré de modas y de carrua-
jes: hablaré de Madrid..... suspiraré por
Paris..... ¡Despues!..... ¡Despues!.....
Despues!.....

Al repetir esta palabra, apagó la luz, y
se acostó.

Resultas se aproximó á la puerta de la
alcoba, la olfateó ruidosamente, y lanzó
un segundo gruñido de enojo.

XX.

Angel seguía su viaje: la fragata *Isabel I*
iba á cortar la línea.

Hacia una noche de luna magnífica: An-
gel estaba de guardia, la *mala*, como la lla-
man los marinos, cuando alcanza ocho ho-
ras, y pensaba en Luisita.

Hé aquí el fin de sus pensamientos:
—Ha jurado ser mia, y ha recibido mi
juramento de eterna fidelidad. ¡El que
rompa nuestros amores, cortará el hilo de
nuestras vidas! ¡Somos dos cuerpos con
un alma, con un corazon, con un pensa-
miento! ¡Nuestro destino es uno solo, úni-
co, y desde que nacimos, está escrito por
Dios, allá, en el cielo, con la luz de las es-
trellas!.....

Ahora piensa en mí, llora mi ausencia,
me llama, y me espera Haces bien.
Luisa mia; haces bien en llamarme y en
esperarme..... Me amas como siempre,
eternamente te oigo, te veo, te siento,
te aspiro..... Tú eres el ser de mi ser; yo
soy la vida de tu vida. Bébeme en las bri-
sas que llegan á tu ventana, aspirame en
el aroma de las flores que crecen en tu
jardín.

¡Tú y yo somos uno en la tierra, y uno
seremos en el cielo!.....

Y no pensaba ni sentía mas ni menos.
Todo él era amor; en lo pasado, en lo
presente y en lo porvenir.

La palabra *amor* sonaba en su oído,
Luisa.

¡Esto lo comprenderán las almas nobles
y castas que aman, creen y esperan!

XXI.

Luisita entró en su alcoba agitada, fe-
bril, inflamada la mirada, la sangre, la ca-
beza.

Volvia del baile, de un baile donde ha-
bia eclipsado á todas las hermosas y de-
sesperado con su coqueteria á todos los
hombres.

Sobre su mesa de tocador habia un mag-
nífico ramo de camelias y una tarjeta.

La tarjeta era de D. Pedro; debajo de
su nombre habia escrito con lápiz:

Velad por mí el sueño de la que adoro.
—¡Qué lástima que ese hombre sea un
monstruo! pensó.

Y contemplándose en un espejo, brillan-
te de juventud, de vida, de amor indeter-
minado, vago pero ardiente y enérgico,
suspiró.

—Madrid!..... dijo.

Cuando estaba medio desnuda, sé acer-
có á su casto y virginal lecho: sobre la
blanca almohada habia una carta.

La habia escrito Angel en la ciudad del
Cabo.

Luisa palideció intensamente; acostóse,
abrió la carta aproximó la bugia, y empe-
zó á devorarla con la mirada.

¡Como la amaba Angel! En las tres pri-
meras líneas habia todo un mundo de pa-
sion.....

En la cuarta.... Como Luisa volvia de
un baile, rendida de cansancio, sus redon-
dos brazos descansaron lánguidamente so-
bre su moreno seno, y la carta se deslizó
desde sus manos á la cama, y desde esta
al suelo.

Luisa soñó que se paseaba por el prado
de Madrid en una magnífica carretela.

A su lado iba.....el monstruo!

Resultas, que encontró la puerta cerra-
da, dió un ahullido lastimero.

Otra creencia popular dice que los ahu-
llidos de los perros nos anuncian el próxi-
mo fallecimiento de alguna persona que-
rida.

XXII.

La fragata mercante *Isabel I*, de la ma-
trícula de Málaga, cargada de cacao Gua-
yaquil, levó ancla y salió del puerto, de
regreso para España.

Sobre la toldilla se veían al capitán, al
piloto primero y segundo, y al *agregado*,
un *santelmista* llamado Angel Monti.

El semblante de Angel estaba radiante
de felicidad.....

Amaba, y regresaba al lado de su aman-
te, que era su vida, su porvenir, su espe-
ranza, su religion.....

XXIII.

D. Pedro y Luisita, sentados en el ter-
rado de que ya tienen noticia mis lectores,
hablaban en voz baja, pero con la mayor
animacion.

¡Habia llegado el momento en que Lui-
sita se proponía anonadar al monstruo, re-
velándole que la conducta que para con él
observaba de seis meses á aquella parte,
era hija del finjimiento é inspirada por un
deseo irresistible de castigar su inmoralidad
y su decrecimiento?

Es probable: escuchemos.

—La vida que llevo, decia Luisita en
voz baja, pero con una energía de espres-
ion y una vehemencia indescribibles;
ha encendido en mi corazon una sed insa-
ciable de esos placeres que aturden y em-
briagan. Cada nuevo goce tiene para mí
un encanto fascinador, irresistible.....

—Entonces, dijo D. Pedro tímidamen-
te, para calcular mejor el efecto de sus
palabras; ¿por qué ese abatimiento, esa
frialidad, esa tristeza que nos alarma á
cuantos nos interesamos por V.?

XXIII.

Luisita fijó en D. Pedro una mirada
clara, profunda investigadora.

—¿Quiere V. saberlo?

—Sí.

—Pues consiste en que me fastidio hor-
riblemente; en que estoy cansada de ver
siempre á las mismas personas, de concur-
rir á los mismos sitios, de participar de
las mismas fiestas..... Así es que todas
las noches sueño con Madrid. Las descrip-
ciones de los bailes de la corte, que leo en
los periódicos, se desprenden del papel;
cada letra se convierte en una criatura
animada; oigo los acordes de la orquesta
y el rumor de los diálogos; aspiro aque-
lla atmósfera embriagadora, y todo ello
alegre, jóven, vivo, bullicioso y deslum-
brador, gira como un torbellino de oro y
fuego delante de mis insaciables ojos. ¡Ah!
¡Madrid! ¡Madrid! ¡Madrid!...

D. Pedro, creyó llegado el momento
que hacia un año espiaba tenazmente.

Asió las manos de Luisita, manos ca-
lenturientas, que no huyeron de aquella
significativa presion, y la dijo con una en-
tonacion de voz que revelaba todo el amor
y todas las angustias de un corazon abra-
sado por un volcan de ternura.

—¿Y qué le falta á V. para que cese to-
do eso que desencanta á V.? ¿Para que
sus sueños se conviertan en una realidad?

(CONCLUIRÁ.)

OPERA ITALIANA.



¡ alguna vez está contento D. Junípero, es cuando enristra la péñola para elogiar artistas.

Francamente, es fastidioso para el crítico verse en la precisión de atacar á los que vienen desde luengas tierras con el santo ob-

jeto de divertir á los pacíficos habitantes de la siempre fiel.

Así es que la noche pasada D. Junípero pasó un rato muy agradable oyendo á la Sra. Charton en *La Sonda*.

Algunos abonados del partido disidente se hacían los descontentadizos, porque esperaban sin duda ejercicios gimnásticos de garganta en el *rondó* final; pero es preciso confesar que la inmensa mayoría quedó muy satisfecha del buen gusto, limpieza y sentimiento con que la Sra. Charton desempeñó el interesante papel de *Amina*. El público la aplaudió con vehemencia y la llamó á la escena terminada la representación, para tributarle nuevas muestras de satisfacción.

El mismo Cigarron, que en su cualidad de ex-alguacil del Santo Oficio tiene sus puntas y collares de anti-filarmonico, se entusiasmó esa noche hasta el punto de no hacer caso de la venerable *Madre Celestina* que dirigía lánguidas miradas al tenor Minetti, y que interrumpía á cada paso el fervor lírico del ex-alguacil, diciéndole:

—¡Que jóven es ese tenorino! y es casi bonito! ¿Sabéis Sr. Cigarron, que me interesa?

—Lo creo, Sra. Celestina; pero tened la bondad de dejarme oír.

—Es una voz agradable y muy afinada, canta sin esfuerzo, pero es frío, no hay pasión.

—Ya le llegará con el tiempo.

—Ese jóven debía enamorarse.

—Por Dios, señora, á sus años de V. pensar en esas cosas!.....

—A mis años!.....y aquí la Madre Celestina suspendió sus observaciones enseñando á Cigarron una fila de dientes magníficos, pero algo caros.

En suma, podemos asegurar que la Sra. Charton se ha captado el aprecio y simpatías del público habanero, el cual lo ha demostrado bien claramente, tanto en la representación de *La Sonda* como en la del *Trovador* que tuvo lugar el juéves último.

En esa noche tuvo el tenor Mazzole ni la buena idea de suprimir el conato de *do de pecho*, que tanto le perjudicó en noches anteriores.

El público tuvo en cuenta esta galantería, y aplaudió mucho al tenor llamándole á la escena al terminar el acto tercero.

El barítono Sr. Bellini, que estaba

limpio de ronquera, obtuvo también su parte de aplausos.

Terminaremos con una queja á la empresa: ¡falta luz en el hermoso gran teatro! Ya supondrá el empresario que esta queja no es de D. Junípero. Este Sr. no es bastante buen mozo, para pretender que sus encantos aumentados por la luz artificial, causen estragos en las beldades concurrentes á la ópera; la queja procede de una mujer, y ¿de quién direis.? de la Madre Celestina, que como tiene indicaciones matrimoniales encuentra que toda luz es poca para hacer brillar sus atractivos, no personales, sino *rentísticos*.

De todos modos, la queja no nos pa-

rece infundada si se considera que nuestras beldades quieren, y con razón, lucir no solo sus gracias sino también las de sus modistas.

Así pues, benigno empresario, parodiad uno de los hechos mas grandes de la creación del mundo; decid: *Fiat lux!* Hágase la luz, y vereis los rostros de vuestras bellísimas favorecedoras iluminarse al mismo tiempo con una deliciosa sonrisa, y oireis el murmullo de mil elogios vuestros, que salen de muchos labios encantadores, y sentireis..... Pero, alto aquí, y demos tréguas al entusiasmo; tiempo queda para remontarse.

D. JUNÍPERO.

EPISODIOS TERRESTRES.



Una escena que pasa todos los dias.

Insertamos á continuación la respuesta que el Timbalero dá al Sr. Capitan Brulote.

CONTESTACION Á LA RÉPLICA DEL CAPITAN BRULOTE. (1.)

Dice el Sr. Brulote que *las razones que alego, con mis propias palabras me las desbarato*. Vamos á ver, Sr. Capitan, cual de los dos desbarata sus razones con sus propias palabras. En cuanto á que el *si bemol* es nota de paso dice V. *que no lo duda*. Que respecto á que estas y las apoyaturas no forman parte integrante de la armonía, dice *que no lo disputa*; y que en cuanto á que puedan ser mas largas que las notas reales, me dice: *¡buen provecho!* Con cuyas palabras no sé si niega ó si concede, pero con lo concedido tengo bastante. Y

(1) Sino me he dirigido al Capitan Brulote, para tener una explicación verbal, á lo que me ha invitado en su último artículo, con el fin de evitar el tedio que con tanta razón dice ocasionaria al público una larga polémica sobre este asunto, ha sido por no saber á que persona dirigirme, para que esclareciendo la cuestión quedara uno ú otro convencido; con cuyo fin si gusta le enterarán en casa de los Sres. Edelman y C: donde podemos reunirnos al efecto.

si el *si bemol* es nota de paso y no se computa en la armonía ¿dónde existe la disonancia Sr. Capitan? O el Sr. Capitan no estima las notas de paso en la armonía, ó si las estima. Si lo primero, segun me ha concedido, no hay cuestión y el *si bemol* no produce disonancia; si lo segundo, esto es, si el Sr. Capitan quiere que exista la disonancia por considerar la nota de paso como parte real del acorde, aun en este caso voy á probarle que la disonancia estaría bien preparada. Creo que el Sr. Folletinista aludirá al choque del *la* y *si bemol* que se verifica entre la voz y el instrumento de la orquesta que dé la quinta del tono establecido. ¿No es eso señor? Pues bien; para preparar una disonancia, es necesario oír la nota que la forma antes en el estado de consonancia; bajo este principio el *la bemol* del acorde de *re bemol menor* contra el criticado *si bemol* del tenor, forman una disonancia de segunda, y ¿no tiene bastante el Sr. Folletinista con oír el *la bemol* en la orquesta casi un compás entero y la misma nota en la voz tres veces cuando pronuncia las palabras *solo in ciel* antes de atacar el *si bemol*? En cuanto á la resolución, no hay duda de que la nota *la bemol* desciende á *sol natural*, obedeciendo á la ley que obliga á la nota disonante á

descender, mientras que el *si bemol* queda en el mismo estado, formando la quinta del acorde dominante del tono *la bemol*, en el cual se verifica la resolución; de manera que, aunque la voz abandone el *si bemol* tomando el *la* como apoyatura para descender al *sol*, es para cumplir con la fórmula de notas sincopadas que establece el maestro Verdi en la melodía que sigue. Ya vé el Sr. Capitan que aun existiendo disonancia está completamente preparada y resuelta.

Tambien cita el Sr. Capitan el testo de Mr. Reicha, en que recomienda que en las notas de paso se eviten las alteraciones de las que pertenecen al tono, y ¿á qué viene todo esto? ¿qué alteracion hay en el acorde de *re bemol* con la nota de paso de que se trata? Para que haya alteracion es necesaria la aparicion de un signo extraño á la tonalidad, y perteneciendo el *si bemol* en cuestion á la escala del tono establecido, no existe alteracion, y por consecuencia no es del caso la cita. En cuanto á lo de *escabullirme*, convirtiendo el acorde de *re bemol menor* y nota de paso *si bemol* en una séptima de tercera especie, es la prueba mas toral que me ofrece mi antagonista del error que ha cometido, y de que conviene con mi opinion; pues si la nota de paso de que se trata es tal, no forma parte de la armonía y el acorde de *re bemol menor* permanece en el mismo estado sin haber disonancia, y si formase parte de la armonía fuera indispensable el llamarle séptima de tercera especie, segun la clarificación de Mr. Reicha; pero aun en este caso, como he dicho ántes, la disonancia de séptima ó de segunda está preparada y aun la de novena menor por el *fa bemol* del acorde de *re bemol menor* con el *mi bemol*, que en semejante caso seria el bajo fundamental; mas como dice muy bien mi opositor, la intencion del autor no tiene la tendencia á la cadencia que exigiria lógicamente el acorde de séptima de tercera especie, porque el oido está, en la situacion de que hablo, templado en *re bebol*, y la tendencia de la séptima de tercera especie, en el caso presente, seria la de ir á la *bemol menor*, cosa que estableceria una modulacion que no ha intentado el maestro compositor. Concluyo, pues, diciendo al Sr. Capitan Brulote, que la nota en cuestion, siendo de paso como el mismo confiesa, en nada modifica ni altera la armonía, y por consiguiente no hay disonancia y no hay defecto.

EL TIMBALERO.

JUNIPERADAS.

Juan tenía una mujer muy bien parecida y una pipa vacía y sin fondo. El pobre trabajaba en la calle como un gañan para llevar á su casa algo con que subvenir á las mas urgentes necesidades de la vida, y su mujer entretanto no hacia otra cosa mas que esperarle, matando el tiempo en charlar con un conocido suyo, pero no de Juan.

Un dia eran las doce y Juan no habia podido ganar una peseta. Acordóse de la pipa y la propuso en venta á un tonelero. Comprósele este sobre barato y ambos se dirigieron á buscarla.

La muger de Juan, que no lo esperaba tan pronto, escondió á su conocido

en la pipa cuando le vió venir, poniéndosela por montera.

—¿Traes dinero? preguntó de mal humor al siempre acobardado marido.

—No, pero traigo al señor que me ha comprado la pipa en dos pesetas.

—Buena gracia! Yo sin moverme de aquí la he vendido en tres.

—¿Y dónde está el comprador?

—Toma! Dentro de la pipa mirando á ver si se sale.

Otro conocido como el del precedente lance tuvo una vez que buscar refugio en la caja de un reloj de pared; pero como en ella estaba muy apretado no era posible que la péndola se moviese.

Notado por el amo de casa que el reloj no andaba, acudió á darle cuerda.

—Un hombre! exclamó al abrir la caja.—¿Qué hace V. ahí, caballero?

—Dispense V: me estoy paseando.

—¿En que compañía tiene Vd. asegurada la vida? preguntaba á un gallo de esperiencia una polluela de fisonomía chispeante.

—Señorita en el PORVENIR, le contestó aquel.

—Pues yo prefiero LA ALIANZA. ¿No querria V. que hiciéramos una operacion en ella de cuenta á mitad?

—Es buena la *institucion*; pero tengo mis razones para no entrar por ahora en nuevos negocios.

—¿Cuál es el mejor medio para conservar el amor de una muger?

—No devolvérsele.

Preguntaban á un hombre grave que tal le habia parecido la compañía de ópera.

—No soy muy perito en la materia, contestó; pero aunque algunas cosas me parecen bien en ella, otras me disgustan mucho. Por ejemplo, hay allí una muger que gritó horriblemente. Lo que si me parece digno de aplauso es la severidad del público. He reparado que cuando un cantante chilla en vez de cantar, le obligan á repetir..... como á los muchachos en la escuela. Duro, duro!

Un materialista habia escrito un libro encaminado á probar que cuando el hombre muere todo acaba para él; y preguntando el mismo autor á una señora qué tal le parecia su trabajo:—Muy bello en las formas, le contestó ésta. ¡Lástima que haya Vd. empleado su sabiduría en probar que es una béstia!

Despues de una batalla fué preciso amputar una pierna á un Jefe distinguido que en ella se habia hallado, y notando el paciente que un asistente suyo le contemplaba afligido, “no te apures, le dijo, esto no es nada.”

—Pues, si señor que me apuro, le contestó el asistente; y puede Vd. creer en la verdad de lo que le digo, porque ni me consuela la idea de que ya solo tendré que limpiarle una sola bota.

Hasta ahora habia pasado como axioma el que ningun hombre debia casarse sin contar con lo necesario para mantener á su esposa; pero la desprecupacion se ha encargado de volver la oracion por *pasiva*.



Modas de la temporada filarmónica.

HABANA: Librería é Imprenta EL IRIS, Obispo 22.